



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 13.

JUEVES 26 DE MAYO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 30 rs.

SUMARIO.

EL PROGRESO EN LA ECONOMÍA, por J. Marin Ordoñez.—EL CASTILLO DE MÁGALO. (Continuacion), por E. Perez Escribá.—LA SOMBRA DEL DIABLO. (Continuacion), por Francisco de Paula Entrala.—ESCURSION ALREDEDOR DE ATENAS, por Broughon y Mery.—LETRILLA, por Iglesias.—FELIPE II.—LIDIA, por Juan de la Cruz Rovira.—HISTORIA NATURAL: Botánica.—CARTA DE UN SOLDADO Á SU NOVIA, por Pedro F. Reymundo.—EL PÉTALE DE UNA FLOR, por Ledajciortvar.

EL PROGRESO EN LA ECONOMÍA.

«Mientras el hombre respete lo *justo*, nada mas razonable que aspire á lo *útil*.» El misterioso dualismo que constituye su ser, hace de su existencia el eslabon que enlaza la region de los espíritus con el mundo de la materia: dotado de un alma inteligente y libre, se levanta en alas de su poder sobre los seres todos que le rodean, les sujeta bajo su imperiosa voluntad, para alzarse en tan ancho apoyo hasta el seno del infinito: con un cuerpo ligado idisolublemente á los demás seres naturales, siente de continuo el vivo estímulo de diversas y múltiples necesidades, estímulo que le induce á su satisfaccion y le lleva á aplicar los medios de acallarlas.

El hombre que realiza esas tendencias, que procura contener el ¡ay! lastimero de la necesidad, llena un deber de la naturaleza, cuyo cumplimiento le premia el placer; deber sagrado como eco del sentimiento de propia conservacion que la Providencia grabara en su pecho; deber de elevada trascendencia como sosten de las diferentes relaciones del hombre, ora en su vida privada, ora en la civil y pública deber que le sublima y enaltece, porque, cumpliéndolo, impera sobre la naturaleza bruta, y se distingue de ella por la soberanía de su inteligencia. Esta relacion entre la necesidad y el deber, es una elocuente enseñanza del enlace entre la justicia y la utilidad; de la

justicia en su aplicacion ordinaria y concreta, de la utilidad en su significado genuino. Si el hombre al satisfacer una necesidad cumple un deber, y cumpliéndola experimenta un goce; si no satisfaciéndola falta á él y sufre dolor, indudablemente la justicia y la utilidad, ejes poderosos, aquella de la moral, y esta de la economía, existen paralelas: mas, están identificadas.

Ni puede concebirse de otro modo. Dejarse llevar indiscretamente de la idea moral desatendiendo por completo el sosten y perfeccionamiento físico, ó entregarse ciego á estos olvidando la influencia benéfica de aquella, es rebelarse contra los designios de la Providencia, contradecir sus miras sobre la humana naturaleza. Es cierto, y nos complacemos en reconocerlo así, que existen almas grandes para quienes el mundo que les rodea es solo una ilusion pasajera, espíritus sublimes que abstraídos en una idealidad superior á la existencia material que nos abruma con su peso, parecen haberse desprendido completamente de la vida rastrera del cuerpo que les sujeta en su elevado vuelo; pero raras escepciones salidas de la esfera comun y ordinaria, no pueden formar regla, no pueden servir de base al principio fundamental de la ciencia; como el heroísmo no puede ser la norma del valor, ni el ascetismo la ley de la naturaleza.

La sociedad, lo mismo que el hombre, sienten en su seno el poderoso estímulo que los conduce á su perfeccion; entidades mas ó menos estensas se desarrollan al tenor del individuo: como éste, sienten un poder que les hace dominar la materia, y una fuerza que les somete á ella; y cosa notable, que jamás debe perder de vista el pensador al surcar el océano de la ciencia; mientras el hombre como individuo divisa tras el velo que cubre su existencia un fin mas elevado y mas grande, como sociedad ve en esta vida que pasa y que le agita el término de todas sus aspiraciones, el cumplimiento de sus destinos.

Por eso, mientras aquel se sublima y engrandece cuando, desprendiéndose de la parte baja y rastrera de la materia se abstrae en las puras regiones del espíritu, esta solo encuentra su progreso y perfeccion en el desarrollo simultáneo del espíritu y de la materia, de la moral y de la economía: el ascetismo, que no es ley de la naturaleza, tampoco es condicion de la sociabilidad. Nosotros, que admiramos al hombre de virtud heroica, cuya grandeza de alma, concedida á pocos, le alza sobre los lazos de la materia, y que nos entristecemos ante el espectáculo del ser envilecido, cuyas aspiraciones están reducidas á una existencia brutal y baja; nos condelemos al contemplar una sociedad donde han sido oscurecidos los acentos del bien y de la justicia, ó donde se han desatendido y relegado al olvido los gérmenes de sus fuerzas físicas, el progreso de los medios de utilidad, los objetos todos de la ciencia económica; y se indigna nuestro ánimo contra aquellos que por ignorancia ó impericia han hecho infecundos y estériles los elementos mas favorables de un pueblo, dejando perder sus fuerzas como el agua vertida en la cuba de las hijas de Danao. Es mas, creemos que los pueblos que de ese modo se abandonan, faltan á una ley providencial de su destino humano.

La ciencia de la riqueza, pues, es uno de los poderosos elementos sociales, manantial de prosperidad para los pueblos. Nada valen en contra las obstinadas declamaciones de almas asustadizas, quienes al solo eco de las palabras *riqueza*, *política económica* creen escuchar la lúgubre y desconsoladora voz de un frío materialismo: nada importan las quejas infundadas de espíritus ligeros y neciamente timoratos contra la influencia de actos económicos; quien estudia, siquiera sea superficialmente, las tendencias naturales de los pueblos y de las sociedades todas, quien se detiene en el exámen de sus necesidades, no puede dejar de conocer la existencia real é imprescindible

de dos clases de aspiraciones que sintetizan su ser. El *deber* y la *justicia* llenan la ancha esfera de la vida moral, la *utilidad* y el *placer* el campo no reducido, de su existencia física; y si aquella da á un pueblo elevada condicion y la engrandece, esta le da consideracion y valia ante las demás nacionalidades que acaso expian con sagaz ojo el dia de su decadencia.

No se crea, sin embargo, que ciegos partidarios de la ciencia económica, pretendemos sobreponerla á toda clase de intereses; ya hemos indicado que la creemos paralela de la justicia; mas si alguna vez llegasen en la práctica á chocar mas ó menos abiertamente, al *deber* toca poner límites á la *utilidad*: «Es justo privilegio dice muy oportunamente un economista español contemporáneo, de que gozan las ideas y sentimientos de elevada gerarquía: todo obedece, continúa, las soberanas prescripciones de la moral.»

En esa armonía con el deber y la justicia, en esa sujecion á sus prescripciones, está, á no dudarlo, el verdadero progreso, la perfeccion de la teoría de la riqueza; separar la economía política de la moral, fundamento de todas las ciencias sociales, es oponerse á la naturaleza humana, contradiciendo las inspiraciones de la razon y las tendencias del corazón; es dejarse llevar por los atractivos veleidosos de una utilidad transitoria y aparente, é inducir á segura ruina, siquiera se afecte el mas sincero amor de la humanidad y el mas ardiente deseo de hacer menos pesada la existencia. Tal es el hecho que nadie puede desconocer y que confirma la historia enseñándonos los funestos efectos de la economía política inglesa, reducida á una teoría egoista de intereses materiales. Sin duda que la economía tiene su objeto determinado en la riqueza, objeto al que deben únicamente limitarse; pero al estudiar los hechos á que estiende sus relaciones, ha de tomarles como son en sí: de este modo su tendencia debe ser constantemente á sancionar mas y mas la correspondencia del orden material con el moral, á comprimir en el desarrollo de todos los hechos y fenómenos de la riqueza una tendencia elevada y conforme con las mas sublimes inspiraciones del deber y la justicia.

Así, al impulsar el hombre el hecho fundamental de la economía, al procurar la constante y continua produccion de riqueza dando existencia para el mundo de la utilidad á lo que antes de su accion no la tuviera, ora escitando los dones mas ó menos espontáneos, mas ó menos abundantes, de la agricultura en todas sus ramificaciones, ora aplicando el potente brazo del tan fecundo cuanto colosal gigante de la industria, ora tambien ensanchando los límites del gran lazo de los pueblos, el comercio; apartándose de las formas individuales y tendencias egoistas de la crematística, dará á la economía un impulso mas humanitario, y revistiéndole la suavidad, moralidad y dulzura de una ciencia verdaderamente social, le hará mirar muy especialmente los fenómenos de la distribucion y de una distribucion equitativa y justa; modo único de que el bienestar general se sobreponga al interés mezquino y concentrado de cada individuo. «Cuanto hay de muy noble y elevado en el hombre, dice un escritor de nuestros dias, cuanto su corazón encierra de sublime y de celestial, le impone el precepto de no abusar de su semejante menesteroso, sacando partido de su miseria... por una retribucion insuficiente á satisfacer las primeras necesidades de la vida.»

Desatendida la distribucion que un sentir moral guía y desarrolla, lejos de seguir la economía un progreso constante hácia su perfeccion, llegará á sucumbir en un egoismo materialista y estéril; la opulencia de unos cuantos, los placeres del fausto, el lujo serán tanto ó mas dañosos en sus improductivos consumos á la produccion como la indigencia misma; sin estímulo que sostenga en sus fatigas al hombre del trabajo en sus diferentes clases y aplicaciones, dejará perderse su actividad sepultándola en el profundo sueño de la

pereza, y arrojando una triste y penosa existencia en el seno de la abundancia, nuevo Tántalo arderá de sed cuando el agua toca sus labios.

Una ligera mirada sobre Inglaterra es bastante para convencernos de esta verdad; orgullosa en su engrandecimiento, viéndose señora de los mares, parece no oír el angustioso gemido del mas horroroso pauperismo que corroee sus entrañas, y que mas ó menos tarde causará su decadencia, si no acude á fecundizar la vida de tanto ser desgraciado abriéndoles las puertas de la utilidad y del bien. La limosna, bajo la forma de asistencia pública, no es el medio mejor de atender á las necesidades de un pueblo; y este es el supremo recurso de Inglaterra. Comparemos cuán diferente es el estado de las demás naciones, y aun de nuestra querida y desgraciada patria, donde un sentimiento moral y benéfico ha dirigido sus adelantos económicos: si no encontramos el brillo deslumbrador que en la Albion soberbia, hallamos un bienestar mas quieto y mas extenso; y al lado del mas rico y opulento, lejos de escuchar el doloroso y lúgubre gemido de millares de desvalidos, oímos el acento dulce y grato del honrado y acomodado trabajador. Allí domina el egoismo, aquí el sentimiento de caridad inspirado por una moral sublime que, levantando al hombre, hizo desaparecer toda esclavitud y santificó el trabajo.

J. MARIN ORDOÑEZ.

EL CASTILLO DE MÁGALO.

(CONTINUACION.)

VI.

LOS PRIMEROS CANTOS DEL CISNE DE GALILEA.

Dímas, al presentar á Enoe á sus compañeros, les habia dicho:

—Os presento á mi hermana. Tratadla como se merece.

El célebre bandido de los montes de Samaria habia cumplido su palabra á la esclava favorita del desgraciado príncipe Antipatro.

Desde entonces Enoe fue la hermana de Dímas, y sus compañeros la respetaron.

Algunos meses despues, en una noche de tempestad, noche horrible en que el trueno y el relámpago cruzaban amenazadores por el éter, Enoe, en el viejo y dismantelado castillo de Hebal, dió á luz un niño, hermoso como la primera sonrisa de la aurora.

La egipcia confió á el generoso bandido que aquel niño era hijo del príncipe Antipatro, y Dímas juró mientras viviera ser su protector.

Los bandidos pusieron al tierno vástago el nombre de Boanerges, porque habia nacido en una noche de truenos y relámpagos.

Seis años permaneció Enoe en la fortaleza.

Dímas respetó siempre aquella pobre sensitiva enamorada de la memoria de un muerto.

Los bandoleros respetaban el dolor de Enoe y amaban con toda la fuerza de sus rudos corazones al niño Boanerges.

Enoe tocaba la cítara, la lira y el salterio, de un modo admirable.

Su voz era clara como la estrella que precede al día, dulce como el panal de las abejas, apasionada como el arrullo de la tórtola.

Los bandidos llegaban hasta el punto de llorar oyendo sus cantares.

Pero Enoe, á quien llamaban por el respeto que les inspiraba, Sarai (1), era buena y condescendiente con aquellos desgraciados.

Ella preparaba su frugal comida y amasaba diariamente sus tortas de harina.

Ella curaba sus heridas y se pasaba la noche en vela á la cabecera de sus lechos de hojas secas.

Un día Dímas le dijo:

—Enoe, no puedes permanecer mas con nosotros sin correr un grave riesgo. El día que los soldados del tirano de Jerusalem descubran

nuestra guarida, serás crucificada. Y siendo inocente, como eres, de los crímenes que cometemos, no quiero esperte.

Enoe se encogió de hombros demostrando que todo le era indiferente.

Dímas le recordó entonces que tenia un hijo, y Enoe, abrazando con amoroso afán á Boanerges, contestó:

—Tienes razon, hermano mio, ¿dónde he de ir?

—Esta noche partiremos; te he comprado una modesta casita cerca de Cafarnaum, á la orilla del lago de Galilea. Aquel pais es tranquilo y allí no correis peligro ni tú ni tu hijo. Yo iré á veros siempre que mis ocupaciones me lo permitan. Ya sabes que nunca he de abandonarte.

Enoe besó la mano de aquel hombre generoso que la casualidad le habia deparado, y algunos dias despues se hallaba instalada en su nueva habitacion de Cafarnaum.

Enoe, en la soledad de su retiro, se ocupó solamente en la educacion de su amado hijo.

La naturaleza habia dotado á Boanerges de un corazón de fuego y una inteligencia clara.

Su madre colocó un día la lira en la mano del niño; y el niño llegó á ser un gran músico.

Dios le habia dado la inspiracion de los poetas.

Boanerges, á los catorce años, tocaba la lira y cantaba con la misma dulzura que una virgen del templo de Sion.

Una noche Enoe lloraba con la mirada dolorosamente fija en los tizones del hogar.

Era el aniversario del natalicio de Boanerges.

Aquella pobre enamorada, tal vez pensaba en su amante.

Boanerges tenia la lira en la mano y se puso á tocar una melodía tan triste como el corazón de su madre.

Enoe levantó la cabeza.

No conocia aquel canto; pero no dijo nada. Sin saber cómo, Boanerges se puso á cantar:

Eternamente en tus ojos
El llanto veo, señora:
¿Por qué, dí, madre querida,
Llorando estás?
Si causa de tus enojos
Es el hijo que te adora,
¡Ay, madre, toma mi vida,
No llores mas!

—¿Quién te ha enseñado esa cancion? Preguntó Enoe enternecida.

—Tus lágrimas.

—¿Eres poeta entonces? Volvió á preguntarle con cierto orgullo aquella madre.

—Lo ignoro: he sentido lo que he cantado.

—¡Oh, Dios te bendiga! Y Enoe abrazó tiernamente á su hijo llenándole de besos y lágrimas el semblante.

Boanerges, como los ruiseñores en la enramada, como las alondras en el espacio, cantaba sin darse razon de ello, porque, como las aves, recibia los dones de su inspiracion del cielo.

Dímas, por su parte, enseñó la escritura á aquel niño, á quien amaba como á un hijo.

La fama llevó el nombre del Hijo del Trueno por las doce tribus.

Boanerges comenzó á hacer correrías con la lira á la espalda por las cercanías de Cafarnaum.

La tribu de Zabulon fue su primera escena.

Los que le oían esclamaban con asombro:

—¡Canta como un cisne!

Los israelitas, propensos á poner apodos, le llamaron en breve el *Cisne de Galilea*.

Boanerges cantaba siempre.

—Mi amada se ha muerto, le decia uno; y Boanerges cantaba al dolor.

—Mi esposa me ha dado un primogénito, le decia otro; y el Cisne de Galilea cantaba al placer.

Una noche muy oscura, Boanerges marchaba por un tortuoso camino en direccion á Cafarnaum.

De repente un hombre, como si brotara de la tierra, se levantó ante él.

Aquel hombre le puso la afilada punta de un

(1) Sarai, señora nuestra.

cuchillo sobre el pecho y le gritó con voz de mando:

—¡Alto!

—¡Eh! Poco á poco, buen hombre, respondió Boanerges sin desorientarse; quita tu arma de mi pecho. ¿Qué sacarias con matar al Hijo del Trueno, al Cisne de Galilea?

—¡Boanerges!... Esclamó el hombre retirando el cuchillo.

—¿Me conoces?

—Algunas veces te he arrullado sobre mis rodillas.

—¡Ah! Entonces pertenecerás á los bravos que capitanea el generoso bandido de Samaria... ¿Sabes tú dónde se encuentra?

—Sígueme.

El bandido condujo á Boanerges á una gruta. Alrededor de una fogata se hallaban diez ó doce bandidos.

Todos volvieron la cabeza, y al reconocer al joven trovador exhalaban un grito de alegría.

Dímas salió á su encuentro y le dió un abrazo.

—¿Qué es eso, Boanerges? Le dijo. ¿Está por desgracia tu madre enferma? ¿Ha sucedido algo en tu casa?...

—Afortunadamente se encuentra buena.

—¿Entonces?... Volvió á decir Dímas como estrañándose encontrarle en aquel sitio á aquellas horas.

—Vengo de las bodas que se han celebrado esta mañana en una aldea de las orillas del lago, y la noche me ha sorprendido en el camino.

—Entonces te quedarás con nosotros; de aquí á tu casa hay tres horas, y la noche es oscura.

Boanerges se quedó con los bandidos.

Después de la cena le rogaron que les hiciera oír la dulzura de su voz y la armonía de su lira.

El trovador les dijo que qué querían que cantara.

Uno de los bandidos le dijo:

—Cántanos algo de nuestro oficio, que podamos aprenderlo y cantarlo en los momentos de peligro; una canción que reanime nuestro valor, como las que David dirigía á sus guerreros.

Boanerges meditó un momento.

Después les improvisó un canto guerrero que se hizo popular en Israel.

Boanerges era un poeta que recorría la tierra conquistada por David, con la lira en la mano.

Así llegó á la edad de las pasiones.

Un día se presentó un hombre á la puerta de su cabaña.

—¿Eres tú el Cisne de Galilea? le dijo.

—Así suelen llamarme los aduladores, respondió el poeta.

—Pues una señora desea oírte... hoy da un convite á sus amigos; ¿quieres venir? Te se pagará bien.

Boanerges se encogió de hombros y preguntó:

—¿Y quién es esa señora?

—La estrella de Mágalo, la perla de Betania.

—¡Ah! Esclamó el poeta; dicen que es muy hermosa.

—Su frente tiene la blancura del lirio, sus ojos el azul del cielo, sus cabellos el brillo del oro, sus labios son dos terebintos unidos por la mano de una diosa, respondió el emisario.

—¿Eres poeta? Le preguntó Boanerges.

—No, soy pintor; he retratado á esa perla de Betania, porque necesitaba un modelo para Elena.

—¿Y ella te ha dado la comisión de buscarte?

—Sí.

—Entonces espera que dé un adiós á mi madre y partiremos.

Boanerges fué al castillo de Mágalo.

Durante el convite, amenizó el placer de la mesa con la dulce armonía de su lira y el tierno encanto de su voz.

Todos sus versos iban dirigidos á la señora de Mágalo.

El músico-poeta parecía embelesado ante la deslumbradora hermosura de Magdalena.

Al terminar el festín, Magdalena hizo que Boanerges le acompañara hasta el gabinete que ya conocen nuestros lectores, y le dijo:

—Verdaderamente eres un cisne; nunca he oído nada que te aventaje. Estoy complacida, y te doy las gracias por los versos que me has dedicado: pide lo que quieras y te lo concedo.

Boanerges contestó con toda vehemencia de su corazón impresionable:

—¡Quiero tu amor!

—Pides mucho, mancebo. Contestó Magdalena sonriendo, á quien no había disgustado la altivez del músico.

—¿Qué se necesita para alcanzarlo?

—Merecerlo.

—Indícame el modo, y por difícil que sea yo lo conseguiré.

—Mucho ofreces.

—Cuando un hombre como yo desea algo, no le importa jugarse la vida por ganarlo.

Magdalena sintió hacia aquel joven altivo algo desconocido hasta entonces á su corazón, y le dijo:

—Oye, pues, lo que quiero.

—Ya escucho.

—Todas las noches, cuando anuncien los gallos con sus cantos la media noche, hallarás una escalera colgada á mi ventana: subirás por ella.

—¡Ah! Esclamó el poeta creyendo que Magdalena iba á recompensar su amor.

—Espera, mancebo, repuso la de Mágalo. Aun no he terminado. Con las dulces vibraciones de tu lira recrearás mis oídos durante mi cena. Luego arrullarás mi sueño.

—¿Y qué recompensa recibiré por el placer de verte?

—Cuando me duerma te permito que deposites un beso en mi frente, y luego mi doncella te entregará una moneda.

—Rechazo la moneda: admito el beso. Repuso precipitadamente el cantor.

—Quiero que admitas las dos cosas.

—No te comprendo, señora.

—Quiero probar si me amas, si tienes suficiente valor para hacer todas las noches lo mismo.

—Eso es un tormento.

—Solo á ese precio podré tal vez amarte mañana. ¿Admites?

Boanerges, después de un instante de reflexión, dijo:

—¿Podré hablarte de mi amor?

—Solo cuando improvises, al son de tu lira.

—Admito.

—Entonces vete, y hasta mañana.

Boanerges había tres meses que, sin faltar una noche, había acudido al castillo de Mágalo.

Todas las noches depositaba un beso respetuoso en la frente de Magdalena.

Esperaba la recompensa de su constante pasión; pero Magdalena no amaba á nadie.

Enoe, con esa sagacidad delicada de las madres, conoció que su hijo no era feliz.

Al ver su desaliento quiso reanimarle, y entonces le contó la historia de su padre. Boanerges supo que corría por sus venas sangre real.

Explicados estos antecedentes, volvamos á encontrar á Dímas, el bandido, cuando después de conceder la libertad al miserable Barrabás, se encaminó hacia el pueblo de Cafarnaum, residencia de Enoe la Egipcia.

Nuestros lectores recordarán que esto sucedió la misma noche que Boanerges cantó á Magdalena la canción de *La hermosa pecadora*.

VII.

LUZ EN EL ALMA.

Dímas se detuvo por fin delante de una casa de pobre apariencia, situada á la orilla del lago de Genezaret, y á muy corta distancia de la ciudad de Cafarnaum, y dió con la cintera de su gabelina tres golpes acompasados sobre la frágil madera de la puerta.

—¿Quién llama á estas horas? Dijo una voz de mujer desde el interior de la casa.

—El que entrar desea, respondió Dímas desde fuera.

Esto sin duda era una palabra convenida, pues al momento se abrió la puerta.

Dímas entró en la casa.

La puerta volvió á cerrarse.

El bandido dijo sentándose en un taburete de madera con el asiento de palma:

—Buenas noches, Enoe.

Enoe, que á pesar de sus cuarenta años, sus lágrimas incesantes, y su palidez estremada, conservaba aun algo de su hermosura, le respondió sencillamente sentándose á su lado:

—Bien venido seas, Dímas.

—¿Y tu hijo? Volvió á preguntar el bandido.

—Mi hijo no vuelve á casa hasta que en el cielo asoma la estrella matutina.

—¿Dónde pasa la noche?

—Lo ignoro.

—¿Ama tal vez?

—Eso me presumo.

—Debias procurar averiguarlo.

—El amor verdadero es poco comunicativo: rechaza la libertad y elige una cárcel en donde no penetran los rayos del sol: el alma.

—Lo que más ama Boanerges en el mundo es á su madre.

—El hijo tiene un amor inmenso que mata el amor de la madre: es el que siente por la mujer que le fascina. El Maestro Divino, el Mesías que recorre la tierra de Israel, lo ha dicho: «Por la espasa dejarás á tus padres.»

—Es verdad, murmuró Dímas quedándose dolorosamente con la vista fija en el suelo como si aquella cita que acababa de pronunciar la Egipcia le hubiera recordado algun pensamiento doloroso.

Hubo un momento de silencio.

Enoe pensaba en su hijo.

Dímas en Jesús.

Por fin la madre de Boanerges dijo con su voz dulce y apasionada:

—¿Qué tienes, hermano? Tu mirada es triste como el gemido de un moribundo.

—Tengo, Enoe... que he oído por tercera vez la palabra del Maestro de Galilea.

—¿Has estado en Betania?

—De allí vengo.

—Le he visto en la puerta de casa de Lázaro, sentado á la sombra de una palmera. Multitud de gente le rodeaba: todos los desgraciados de las cercanías que buscan el consuelo de sus males en el poder divino de la palabra de ese Hombre extraordinario que lleva en la frente escrita la magestad de Dios, que tiene la luz de los cielos en sus miradas y la sabiduría de los profetas en los labios. Alrededor suyo tenía á los niños: unos sentados sobre sus rodillas, otros á su lado; su mano acariciaba como un padre amoroso aquellas cabecitas; he creído ver que de los extremos de sus dedos salía un reflejo de luz, como los rayos que brotan de la frente del sol. Estaba hablando. Un silencio sepulcral reinaba en derredor suyo. Ni el céfiro se agitaba entre los copos altivos de la palmera, ni las aves cantaban. Parecía como si la naturaleza hubiera apagado sus mil ruidos para oírle. Los niños le miraban embelesados sin comprenderle. Yo detuve mi paso para escucharle también. Jesús fijó sus hermosos ojos en mi humilde persona, y me envió una sonrisa llena de dulce bondad. Sentí aquella sonrisa filtrarse hasta el fondo de mi alma, y una voz tierna, amorosa, que me decía al oído: «Dímas, apártate de la senda que sigues; no atesores para tí en la tierra donde todo lo consume la polilla: atesora en el cielo, donde ni los hombres lo roban ni la polilla lo consume.» Un estremecimiento extraño agitó todo mi cuerpo; la luz de mis ojos se oscureció; sentí un ruido espantoso en las sienes, y bajé los ojos avergonzados al suelo.

Dímas se detuvo.

Por su frente corrían gruesas gotas de sudor; su cuerpo temblaba, y su voz iba apagándose poco á poco.

—Ese hombre es Dios, dijo pausadamente Enoe.

—Sí, hermana mía, Dios, que ha bajado á la tierra de los hombres á salvarles. El que escucha una sola vez la santa bondad de su doctrina, no duda: la fe brota en su corazón. Jesús ha leído en el mío, pues por segunda vez resonó su voz en mis oídos diciendo:—Dímas, veo tu fe: tu muerte será gloriosa: lanzarás á mi lado tu último aliento, y con-

migo entrarás en la mansión de mi Padre.

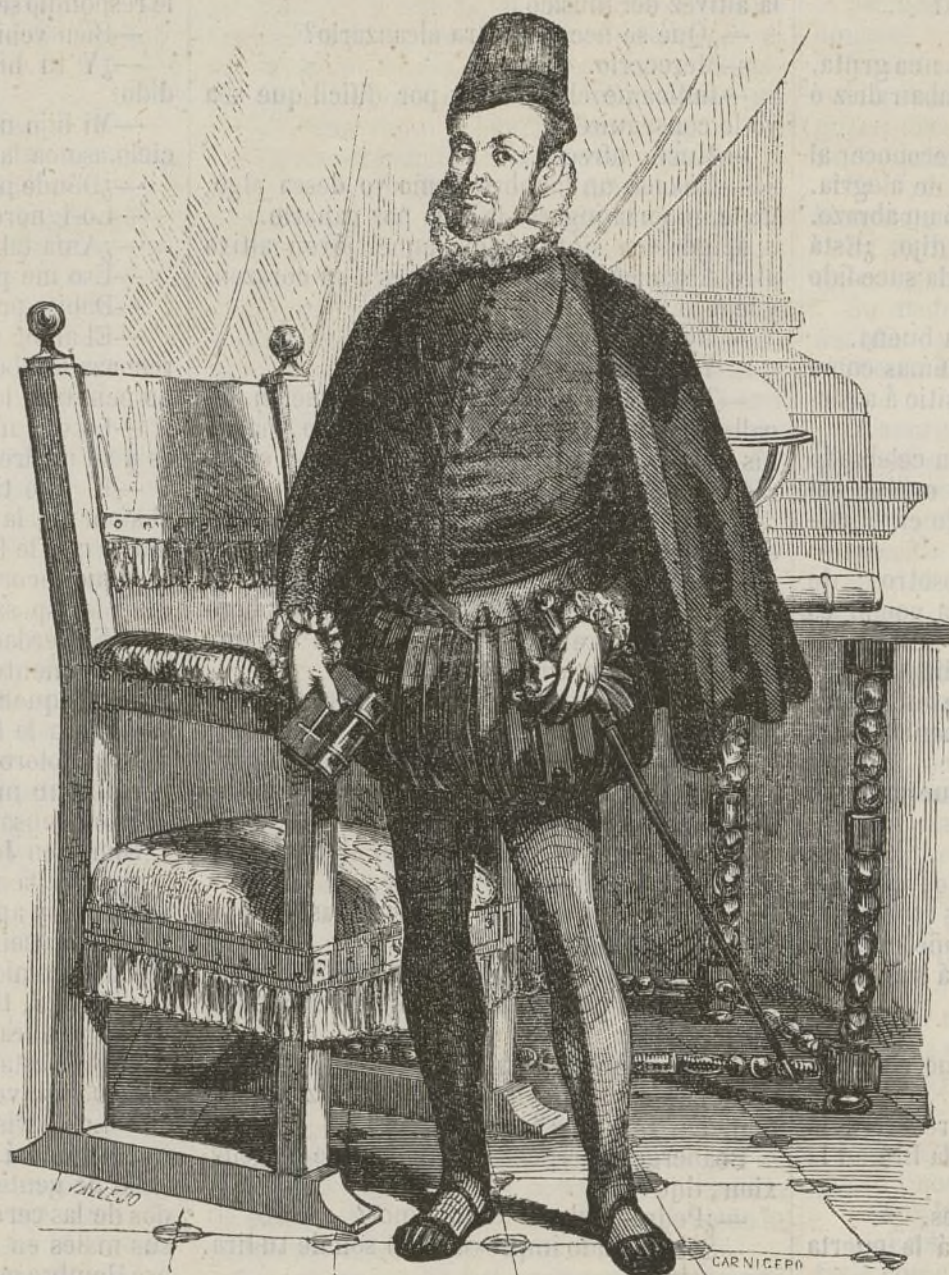
—¿Qué quería decirte con eso? Preguntó Enoe.

—Lo ignoro... Pero hace mas de treinta años yo era muy joven; mi barba era negra como las alas de un cuervo; me hallaba al principio de la infame carrera que me deshonoró, cuando una noche di hospitalidad en mi castillo á unos pobres viajeros que llevaban un Niño de tres meses: aquel Niño se llamaba Jesús, y

á pesar de su corta edad, al despedirme de Él, al darle un beso en la frente, que resplandecía como la puerta del templo de Sion, me dijo al oído: *Dímas, tú morirás conmigo*. ¿Has oído tú, Enoe, hablar nunca á un Niño de tres meses?

—¡Oh! ¡Nunca!

—Pues aquel Niño habló, y aquel Niño es hoy un hombre que se llama Emmanuel (Dios con nosotros).



Felipe II.

—Dímas, desde que Jesús recorre las tribus, los ciegos ven, los tullidos andan, los muertos resucitan, murmuró con voz profética Enoe.

—Sí, Dios está entre nosotros. Yo siento una voz secreta que me grita en el fondo de mi ser: «Deten tu paso, aparta los ojos de la tierra, y mira al cielo.» Tengo remordimiento, Enoe. La vida que por espacio de treinta y cuatro años llevo, pesa sobre mi corazón como si tuviera una roca colosal sobre él, y me he decidido á separarme de la senda del crimen; he abdicado todo el siniestro poder que se halla en mis manos en las Gestas; he hecho que mis compañeros vayan á buscarle á un silo de la Via Sangrienta y allí él les dirá: «Dímas, nuestro capitán, se ha apartado de nosotros.»

—¡Ah! Gracias, hermano mío, no sabes el placer que causan tus palabras; temía verte en manos de los soldados de Pilato.

—Desde mañana seguiré los pasos de Jesús. Él manda por todas partes á sus apóstoles: yo me arrojaré á sus plantas, y besando el divino polvo de su huella, le diré: «Señor Maestro, yo quiero ser tu discípulo;» y Él perdonará mis culpas, que son muchas, y Él me hará

bueno en cambio de la fe que siento, fuerte y lozana, en mi corazón.

—Elevemos á Dios nuestras alabanzas, roguemos para que mantenga en el santuario de nuestras almas pura é inquebrantable la fe que brotó al divino poder de su palabra.

Dímas y Enoe quedaron en silencio.

Aquellos dos corazones, desgarrados el uno por el amor y el otro por los remordimientos, lo esperaban todo del Pastor de almas que recorrería la tierra de los hombres en busca del martirio regenerador.

(Se continuará.)

E. PEREZ ESCRICH.

LA SOMBRA DEL DIABLO.

(CONTINUACION.)

—¿Quién va? gritó don Prudencio asombrado de ver la comitiva.

Y sin responder palabra el ventero comenzó á sacudir golpes á mansalva, y don Prudencio á pedir que el orden se restableciese, y los arrieros á reír á mandíbulas batientes y los pollinos á saltar, moviéndose tal algazara y ruido, que era imposible entenderse.

Los conspiradores, papel que tocábase en aquella ocasión á los cuadrúpedos, se dedicaron á llevar adelante su propósito, y ni los palos del ventero, ni las exhortaciones de los demás, pudieron conseguir que se movieran del suelo donde permanecían indiferentes á las súplicas é insinuaciones de la multitud.

Sinfonia, encargado de la presidencia, dejábase tirar de las orejas y hasta del rabo, pero sin perder el punto de gravedad.

Codicioso levantóse por el contrario con la esperanza de pisar la corte; pero bien cara le costó la traición, porque *Rabicorta* con los fueros de su sexo le sacudió un par de coces tan violento, que le hizo caer en tierra nuevamente.

Convencido el ex-violinista del escaso partido que podría sacar de los pollinos, decidióse á alquilar una *tartana* por cuenta de los ingleses, vendiendo las cabalgaduras por lo que el ventero quisiera darle.

Así sucedió en efecto, y los ingleses continuaron su interrumpida marcha aquella misma noche, en un desvencijado carruaje, que jornada tras de jornada, debía llevarles á Madrid.



TRAGES ESPAÑOLES.—Catalanes y aragoneses del siglo XV.

El lector no se habrá olvidado de los cazadores, que desoídos de salvar al ser cuyos gemidos escucharon, recorrieron el bosque en todas direcciones.

Al aproximarse al monte, desde el cual había sido despeñado Alberto, parecióles que los ayes se escuchaban mas cerca.

Entonces se desmontaron con rapidez, y atando al tronco de un árbol los caballos, empezaron á subir la escabrosa pendiente del montecillo.

Alberto se había asido á algunas plantas diseminadas por el terreno, y se balanceaba sobre el abismo...

—¡Ah! por piedad, gritó con voz trémula y convulsiva, viendo á los cazadores que se le acercaban.

Estos querían bajar para salvarle, pero les era imposible.

Después de algunos momentos de ansiedad, el que parecía de mas humilde condicion se



RUINAS DE ATENAS.—El Partenon.

dió una palmada en la frente, y dijo á su compañero.

—Señor, atemos las fajas que nos sirven de cinto, y tal vez agarrado á ellas pueda librarse de la muerte.

Así lo verificaron, y Alberto subió hasta ellos; pero no bien hubo llegado, cuando cayó en sus brazos exánime y moribundo.

Sus manos y su rostro estaban ensangrentados; sus vestidos rotos; sus cabellos confundidamente esparcidos sobre su frente, en la que se veía una profunda herida.

—Me admira, señor, que no haya muerto, y que haya tenido fuerza, hasta ahora, para sobreponerse á su agonía.

—Es un fenómeno que se verifica con frecuencia, dijo el interpelado: tal vez consista en la reaccion del espíritu antes de que sucumba la materia, ó en el instinto de conservación que nos hace mas fuertes cuanto mayor es el peligro en que nos encontramos; apenas cesa esa terrible lucha de la vida y la muerte, ves que el alma desfallece y con ella el cuerpo: así se comprende que haya habido naufragos

que resistan tres dias dentro del agua, cuando en un estado normal, un par de horas les hubiese bastado para morir.

—Es verdad... ¿pero qué vamos á hacer ahora?

—¡Ahora, averiguar quién es, y devolverle á sus padres!...

—¿Y si no los tiene?

—Si no los tiene... lo prohiaré... lo llevaré á mi quinta, y cuando regresemos á Madrid, dentro de algunos meses, regresará con nosotros... allí le daré educacion, y ¡quién sabe!

acaso pueda alegrar mi soledad el día de mañana.

Poco después los cazadores montaron de nuevo en sus caballos, y Alberto era llevado en brazos del que acababa de hablar.

Un hombre extraño, que parecía ocultarse de aquellos con el ramaje de los árboles, les seguía á larga distancia.

Era el hombre negro.

XXII.

Han transcurrido algunos años y estamos en Madrid.

Madrid es la fuente del artista, el centro del comerciante, el arsenal de los empleados, el foco de la elegancia, el albergue de los vicios, el templo de la fastuosidad y el asilo de la desgracia... En Madrid encuentra acogida el intrigante, y desgracias el timorato, y grandeza el poderoso y esperanzas todo el mundo, pero esperanzas que como decía el inmortal Rioja

Prisiones son do el ambicioso muere
y donde al mas astuto nacen canas.

Madrid no tiene dos caras como el dios Jano, sino cuatro, para el que le observa desde que Dios echa sus luces hasta el día siguiente... La salida del sol es el encanto de los mendigos que sin familia ni hogar descansan ó velan sobre las piedras del *Dos de Mayo*; la hora en que las *burras de leche* pasean perezosamente las calles de la capital; en que los *cafeteros* y *buñoleros* recogen las ganancias que han de labrar su sustento, y los *tomadores del dos*, los jugadores ó el elegante que aun recuerda las armonías del baile, abandonan la taberna, el garito ó el espléndido palacio del magnate; la hora en que el sol sacude su melena de rayos y se levanta hasta la mitad del firmamento, forma la esperanza del comerciante que espera á la encopetada dama, desde su mostrador: la del bolsista que pensando en los títulos del *tres por ciento* ó en la *consolidada* con que ha de consolidarse camina hacia el edificio de aquel nombre; la del elegante que se dirige al Casino; la de las mujeres airadas que pasean gallardamente la Carrera de San Gerónimo y la de los empleados que con los ojos en el bufete y el oído en el reloj desean impacientes que el portero anuncie la hora de terminar el trabajo; á la caída del sol la vida de Madrid está condensada en la *fuerza castellana*, centro y esposición de nuestra grandeza; en el *Retiro*, paseo favorito de la clase media; en la *Montaña*, distracción de los humildes, de los recién casados y de los poetas; en Chamberí, verjel sin flores, donde retozan las sirvientas y los soldados, ya al compás de la dulzaina ó contemplando algún titiritero de mala muerte, que les distrae con los monótonos ecos del tamboril. Por la noche Madrid parece tener mas vida, mas movimiento, mas animación, pero animación que se encierra en los cafés, en los teatros, en las reuniones de los grandes y que no se estingue hasta las dos de la mañana. Una clase hay, sin embargo, que se exceptúa de las demás, porque para ella no existe otra vida que la del trabajo; clase que habitando en las bohardillas mas elevadas, como si Dios, amigo del dolor, la quisiera tener cerca de sí, gime en la miseria y en la desesperación, sin encantos, sin esperanzas, sin horas, pues horas son las alternativas de placer y de dolor que el mortal experimenta, y para ella no hay mas que llanto desde la cuna al sepulcro.

Entre la clase que acabo de mencionar se encontraban desgraciadamente Margarita y Carlota. ¿Pero cómo así? ¿cómo se veían reducidas á la pobreza las que años antes tenían en su poder los tesoros de Alberto? Si le preguntan esto á un libertino, á un malvado ó á una de esas mujeres que venden su honra, seguro estoy de que no os comprenderán; pero si os dirigís á una madre cuyo espíritu descansa en el amor de su hija; á una hija cuyo pensamiento acaricia un amor tal vez imposible; á dos víctimas de la desgracia, mejor dicho, á dos criaturas dignas de Dios, vereis que con la

sonrisa del mártir en los labios y la aureola del triunfo en la frente para vuestra lengua por mordaz que sea, ante la inmensidad de su abnegación y de su sacrificio.

En una sola ojeada podreis comprender la grandeza de aquellos seres que llevan su honradez hasta el extremo de carecer de pan, tener la herencia de Alberto ante sus ojos y pedir limosna, la madre á hurtadillas de la hija, antes que gastar una sola moneda en menoscabo de su probidad.

La bohardilla que habitan es una bohardilla miserable, por la que sin embargo penetra la luz de ese foco universal que se llama sol. Sus paredes blancas, como las de un sepulcro de mármol, solo encierran en un reducido espacio una mesa sobre la que se veía un velon de hoja de lata, cuyos mecheros ardian tristemente, y dos sillas en las que se hallaban sentadas Carlota y Margarita...

La primera se ocupaba en hilvanar un vestido de lana y la segunda en dar las últimas puntadas en un elegante traje de seda.

—Gracias á Dios, dijo, cortando la hebra con sus dientes, y levantándose de su asiento.

—Magnífico traje de novia, añadió Carlota suspirando y aproximando el vestido á la luz como si sintiese envidia, no por el traje, sino por la felicidad á que aspiraba su dueña.

Bueno será decir á nuestros lectores que la fisonomía de Carlota había variado por completo.

Sus cabellos, de blondos que fueron, habíanse convertido en castaños; pero recogidos en pabellones á ambos lados de su frente, blanca como una azucena iluminada por el primer rayo de la luna...

Sus ojos, al través de cuyos cristales parecía verse su alma llena de angustia, conservaban la misma expresión indefinible de pureza y de resignación.

Sus labios se movían alguna que otra vez como si suspirasen un nombre y sus ojos deramaban lágrimas, pero lágrimas puras que suspendidas en sus párpados, resplandecían como pequenuelos brillantes sobre zafiros...

—¿Te gusta? me murmuró Margarita después de una buena pausa...

—Mucho, mamá!...

—¿Quién pudiera regalártelo! pero deja, deja, que no ha de pasar mucho tiempo sin que tu madre te compre uno con su trabajo.

—Vamos, no seas tonta: si no lo digo por eso...

—¡Ah! exclamó Margarita absorbiendo todo el dolor de su hija... ¿quién sabe!... Alberto te amaba mucho, era bueno, y no puede, si existe, haberte olvidado... tal vez nos ande buscando como nosotras á él... ó tal vez...

La madre no se atrevió á proseguir para no aumentar el dolor de Carlota, que estaba persuadida de la muerte de aquel.

—¿Con que vamos á entregar el traje? dijo Margarita cortando la conversacion.

—Como quieras...

—Así cobraremos nuestro jornal y sabremos de camino quién es el novio de la condesita...

—Pues voy en seguida... acabaré de hilvanar... malditas agujas... todas se rompen y... ya está...

—Cuándo querrá Dios que no cosamos por necesidad...

—¡Nunca!

—No, hija, no: tengamos esperanza.

—Ocho ó diez años hace que confiamos en el porvenir, y el porvenir siempre será para nosotras lo que el presente.

—¿Y qué quieres! los que sufrimos debemos mirar atrás para consolarnos...

Carlota quedó pensativa algunos instantes y suspiró con amargura...

—Sí, sí, hija, suspira... eso desahoga el corazón...

Carlota dejó por fin la costura, se echó un manto sobre la cabeza, y mientras su madre se ponía un ligero velo de tul, dobló el traje que la misma había concluido, lo envolvió cuidadosamente en un pañuelo de seda, y se dispuso á salir...

Poco después ambas caminaban en dirección al palacio de los señores condes de Fuente alegre.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE PAULA ENTRALA.

ESCURSION ALREDEDOR DE ATENAS.

POR BROUGHTON Y MERY.

Hay dos caminos para subir á la ciudadela ó Acrópolis: uno á la izquierda del Odeon y otro que parte desde la ciudad. A la derecha y cerca ya de la puerta de la fortaleza hay una muralla que forma una especie de obra avanzada, á pocos pasos de la cual se ve un nicho donde se hallaba en 1765 la estatua de Isis, y una fuente de moderna construcción donde toman el agua los habitantes de la ciudadela.

Siguiendo más adelante, y en la parte inferior de un declive, hay un trozo de terreno arado, pero que no produce nada por efecto de la caída de las piedras que se desprenden continuamente desde las rocas situadas en la parte superior. Si hemos de dar crédito á la historia moderna de Atenas, dicha porción de terreno era la habitada antiguamente por los pelagos, quienes fortificaron el Acrópolis y fueron después expulsados de Atica por su conducta con las vírgenes atenienses. El sitio de que vamos hablando no tiene mas que 4840 varas cuadradas de estension, y se llama el Pelasgicon.

A la izquierda, según se sube por la colina, está la cueva de Apolo y de Pan, que pasaria inadvertida si no fuera por los cuentos de la antigua mitología, cuyos recuerdos se agolpan á la memoria á su solo aspecto. Es pequeña, poco profunda, y no se encuentra en ella nada notable. El altar de Pan fue levantado por Evandro el Arcadio en otra cueva muy semejante que se halla en un costado de la colina Palatina. Un poco mas lejos de este sitio fue por donde los persas escalaron los muros de Acrópolis, y se encuentra allí el cementerio de los turcos, el cual tiene grandes puertas de madera que rara vez están cerradas; á poca distancia hay asimismo un edificio de madera, desde el cual se ve el punto donde está el Odeon de Herodes.

Pasada la primera puerta de la ciudadela se encuentra una guardia turca, y después de haber caminado por algun tiempo se hallan las ruinas de los propileos y una torre cuadrada construida en parte por los venecianos y en parte por los turcos. La parte baja de dicha torre sirve ahora de prision, y hay una pequeña puerta de hierro que da entrada á los calabozos. En 1676 era un polvorin.

Detrás de las ruinas de los propileos y de las columnas de dicho edificio, se ven cinco puertas que eran antes otras tantas entradas al Acrópolis. Los intercolumnios que las adornaban han sido tapiados, habiéndose montado allí una batería de pocos cañones; el pórtico de los propileos fue destruido por los venecianos en 1687, así como tambien el templo de la Victoria. Ahora sirve para almacén de pólvora, y hace algun tiempo existia allí una torre que está ahora enterrada entre las ruinas.

A la derecha y no lejos de dicha torre vive en una miserable casa disdad, el gobernador del castillo.

En la parte mas alta del Acrópolis se encuentra el Partenon, cuyas ruinas sirven ahora para formar los cimientos de modernas construcciones. El aspecto que ofrece la parte del Partenon que aun queda en pie es objeto de admiración, y causa verdadera sorpresa contemplar las enormes masas de ruinas de mármol esparcidas por el área del templo. Estos fragmentos constituirán bien pronto los únicos restos del templo de Minerva. Si el progreso de la decadencia sigue siendo tan rápido como hasta el siglo pasado, dentro de pocos años no quedará una sola piedra del Partenon. Este gran templo se conservaba aun bastante bien en 1667, y después de haber

sido iglesia cristiana, habíase convertido en la mezquita mas hermosa del mundo. En el dia solo quedan en pie veinte y nueve columnas de orden dórico y una parte de la pared izquierda de la celda; las del lado Norte han desaparecido por completo, y todas las esculturas del pórtico están destruidas. Ahora solo se ven dos figuras, que se suponen sin razon ser las de Adriano y Sabina, único resto de una magnífica escultura que representaba la presentación de Minerva y Júpiter en la asamblea de los dioses. En 1767 conservábanse aun enteras muchas esculturas de las noventa y dos metopas del peristilo, cuyo asunto era la batalla de los lapitas y los centauros. También ha desaparecido un trozo de escultura de 170 pies de longitud, en que se hallaba representada la procesion del Partenon. En el dia pueden aun verse varias figuras ecuestres completamente enteras, que conservan toda la lozanía y animación que debieron tener al salir de la mano del artista.

En el interior de la *cella* del templo todo es ruinas y desolación; trozos de columna, pedazos de entablamento y de techumbre, se hallan mezclados entre montones de mármol hacia la parte del Norte. El piso, que es tambien de aquella clase de piedra, se halla todo roto; y en el ángulo Sur del área hay una pared de piedra de la antigua iglesia griega en que fue un tiempo convertido el Partenon.

(Se continuará.)

LETRILLA.

Señor de encomienda,
Que no reconociendo,
A otro se las venda,
No á mi que las vendo.

Hidalgo de á marca

Por papelería,

Que en genealogía

Mil padres abarca,

A Herodes Tetrarca

Su raíz haciendo:

A otro se las venda,

No á mi que las vendo.

Pedantes visitas

De erudito vario,

Que en un diccionario

Se entró de patitas,

Y alzára mil gritas

Sobre la voz cuando:

A otro se las venda,

No á mi que las vendo.

Consejo maduro

De algun calvo verde,

Que si el pelo pierde,

No pierde lo oscuro

De unto venturo

Que lo irá teniendo:

A otro se las venda,

No á mi que las vendo.

Decir que al Parnaso

Va sutil poeta,

Y sigue cometa

El vuelo al Pegaso,

Y en el éter raso

Gira con estruendo:

A otro se las venda,

No á mi que las vendo.

IGLESIAS.

FELIPE II.

Este poderoso monarca acerca del cual se han vertido tantos y tan contradictorios pareceres y cuya figura ha ido y va creciendo á medida que los siglos pasan, nació en Valladolid en 1527 siendo sus padres el emperador Carlos V é Isabel de Portugal. A los 27 años ocupó el trono de Nápoles por abdicación de su padre y dos años despues por la misma causa, el solio español. Inauguró su reinado con la batalla de San Quintín ganada en 1557; de cuyas resultas, y para celebrar triunfo tan memorable, mandó construir el Monasterio del Escorial. Este es su retrato: frio, duro,

severo, melancólico, gigante como el monarca que lo imaginara y como él imperturbable, ante la adversidad. Además de la renombrada batalla de San Quintín, obtuvo la de las Gravelinas que produjo la paz de Canteanembressis, por la cual volvió á posesionarse de todas las plazas allende los Alpes, y arregló su casamiento con la hija de Enrique II de Francia; venció á los moriscos que en 1568 se levantaban en las Alpujarras; derrotó á los turcos en Malta y alcanzó el triunfo en las aguas de Lepanto, contra los mismos en 1571. Despues mandó al duque de Alba en contra del prior de Castro que le disputaba el reino de Portugal y obtuvo el triunfo en dos batallas campales haciéndole dueño de la corona. Sin embargo á pesar de estas y muchas mas victorias que suprimimos, su fanatismo, su crueldad para con los Países-Bajos; su conducta para con el príncipe don Carlos, su hijo, su austeridad y dureza para con sus vasallos, son hechos que oscurecen la figura colosal de este príncipe que reinó hasta 1598, y que murió dejando eternos recuerdos de su grandeza y poderío.

LIDIA.

I.

En las márgenes del Guadalquivir, donde los juncos levantan orgullosos su penacho de flores, las cañas desafían la corriente del río, y los álamos bañan sus pies en el agua; en esa tierra bendita que el sol alumbra con mas fulgor como para enseñar su hermosura, y las aves cantan armoniosas endechas, allí, entre palmeras y naranjos, habia oculta una casita blanca. Lidia, la niña de ojos negros, cuya mirada despertaba en el alma la idea de la felicidad; la de labios descoloridos, cuya triste sonrisa grababa en el corazón una estela de melancolía, como el recuerdo del perdido bien; Lidia que mojaba sus cabellos negros como el ébano en el Guadalquivir cuando la noche cubria de sombras el valle de Lora, era la que habitaba aquella casita solitaria.

Las gentes de las cercanías contaban de la jóven, que cuando bañaba sus cabellos en las aguas del río, espíritus misteriosos, invisibles hadas entonaban á su alrededor tétricas armonías, y sobre la cabeza de Lidia aparecían entonces fuegos fatuos, colores luminosos que daban á su semblante una satánica belleza. Estos cuentos, relatados por viejas de la villa de Lora que creían en brujas, fantasmas y espíritus, habian formado en el ánimo de las gentes preocupadas cierta odiosa prevención contra la infeliz jóven. Nadie pasaba por el lado de su casita blanca, y si al dirigirse ella al pueblo encontraba en el camino alguno de sus habitantes, veía que huían de su lado como si temieran el contacto del aire que respiraba. Lidia los miraba con desdeñosa sonrisa, y seguía su camino.

Para todos era misterio la vida de la jóven, y aunque algunos quisieron descubrirlo, sus investigaciones fueron siempre inútiles. Jamás averiguaron en dónde se procuraba el sustento para conservar su vida.

II.

Era la última noche del mes de octubre.

El inmenso manto de los cielos sembrado de estrellas, ostentaba con magestad sublime al astro rey de la noche. Quieto, inmóvil, reflejaba su diáfana luz sobre las puras aguas del Guadalquivir, que tranquilas se deslizaban suavemente besando sus márgenes cubiertas de silvestres flores.

Lidia, sola, palpitándole de zozobra el corazón, salió de su casita blanca, dirigióse á la orilla del río, y se sentó sobre una piedra.

A su espalda se levantaba un gigantesco álamo, y en sus ramas cantaba un ruiseñor.

No era la primera vez que la hermosa jóven visitaba por la noche aquel lugar.

Su mirada, llena de ansiedad, se fijó con-

tra la corriente, como si esperase que las aguas le trajeran algun objeto amado.

Algun tiempo despues lanzaba un grito de alegría.

Allá, lejos, se divisaba sobre el río un punto negro que iba siguiendo la corriente.

Poco á poco fué acercándose, hasta que por último se distinguió una pequeña embarcación que empujada por dos remos, llegó á donde Lidia estaba.

Un hombre saltó en tierra, amarró á un pequeño álamo el cable que sujetaba á la barquilla, y se arrojó despues en brazos de la jóven.

Desde aquel momento, el ángel del amor estendió sus alas de oro sobre los dos venturosos seres; el cielo sonrió á sus almas, y el canto del ruiseñor calló temeroso de turbar tanta dicha.

III.

Algunas horas habian ya transcurrido.

Las almas de Lidia y de su amante permanecían todavía enlazadas por ese éstasis embriagador que suspende la palabra en nuestros labios.

Allá en Oriente empezaba á despuntar la primera luz, y la fresca brisa de la mañana besaba cariñosa la frente de los amantes.

—Adios Lidia; el dia viene. Es forzoso separarnos.

—Adios Fernando, respondió Lidia con trémula voz.

El amante besó la frente de la jóven, y se dispuso á desatar el cable que tenia sujeta la barquilla.

Un hombre oculto detrás del tronco del álamo donde el ruiseñor cantaba, se presentó instantáneamente, y rápido como el tigre, se precipitó sobre Fernando, y le sepultó en el pecho un puñal que lucía en su diestra. El amante exhaló un lastimero gemido, y el asesino, asiéndolo con la fuerza de un atleta, lo arrojó al agua.

Lidia cayó en tierra, y el hombre desapareció.

IV.

Seis meses habian ya transcurrido despues del triste suceso que acabamos de referir.

Durante este tiempo, Lidia, cuyo sentimiento no es fácil transcribir, iba todas las noches á la orilla del río, y en el mismo sitio donde asesinaron á Fernando, se arrodillaba para orar á Dios. Despues, inclinaba su cabeza sobre el agua, como si en el fondo del río escuchase la voz de su amante; y allí, mojando su hermoso cabello, permanecía algun tiempo hasta que al amanecer se retiraba á su casita blanca. De este sagrado deber que se habia impuesto, provenian las mil anécdotas que se contaban de Lidia en la villa de Lora del Río.

Una noche, hermosa como aquella que fue testigo del asesinato de Fernando, se encaminó Lidia, como siempre, al sitio donde acostumbra á rezar por el alma de su amante.

La naturaleza entregada en brazos de la noche, dormía profundamente.

Las aguas del Guadalquivir dejaban oír su eterno murmurio; y para que todo convidase al recuerdo de la pasada dicha, trinaba el ruiseñor, en las ramas del frondoso álamo.

¡Podre jóven! ¡Condenada á gozar en sus propias penas! ¡á recordar continuamente las horas de inmensa felicidad que habian ya pasado para nunca mas volver!

Lidia se arrodilló delante de aquella piedra sobre la que tantas veces habia sido feliz, y oró.

De sus hermosos ojos cayeron abundantes lágrimas; despues miró al cielo; cruzó las manos sobre su pecho, y dando el último adios á la vida, se arrojó al río.

Ni un grito, ni una angustiosa voz se oyó; luego solo el ruiseñor siguió cantando; y las aguas produciendo su monótono rumor.

Algunos dias despues, cuando se notó que estaba desierta la casita blanca, se decia en el



Uva de América.



Uva de Corinto.

pueblo que Lidia se había convertido en hada, y todas las noches cantaba tristemente en las orillas del Guadalquivir.

JUAN DE LA CRUZ ROVIRA.

HISTORIA NATURAL.

BOTÁNICA.

La vid es un arbusto originario de Asia, que introducido en Europa ha producido por el cultivo, un número infinito de variedades entre las cuales pueden citarse como primitivas las de *Alejadria*, *Alicante*, *Borgoña*, *Corinto*, *Italia*, *Lunel*, *Malvasia*, y *moscatel*. Su fruto no maduro se llama *agraz* y sirve para refrescar. La uva madura es un fruto delicioso, un poco laxante y diurético; por la fermentación se obtiene de ella, el vino, el alcohol ó espíritu de vino y el *vinagre* ó ácido acético, cuyos usos son demasiado conocidos para que tengamos necesidad de recordarlos aquí. El vinagre se usa en medicina algunas veces esteriormente como revulsivo, y para preparar los sinapismos; en el interior dilatado en agua como refresco; en veterinaria tiene mucho mas uso. El ácido acético se obtiene tambien en gran cantidad de la sidra: y sobre to lo en destilación de la madera; el vino es un buen tónico y puede asi como el alcohol disolver muchas sustancias medicamentosas. Los frutos secos se emplean como béquicos; el zumo de las uvas se llama *mosto*, y de él se puede extraer azúcar que toma el nombre de *azúcar de frutas*, *azúcar de uva*, *uvate* ó *arrope*, y *vino*; el orujo ó cáscara es un buen abono, sobre todo para los espárragos, y tambien se hacen con él panes ó tortas para la lumbre. Las heces del vino quemadas, lavadas con agua y molidas dan el *negro de Alemania* ó *negro de Francfort* que sirve para la tinta de imprenta, y tambien para limpiar los utensilios de cocina. Por la ucineración de las heces de vino secas y los sir-

mientos de la vid, se obtienen como residuo las cenizas *graveladas*. En Italia se extrae de las granillas de la uva un aceite llamado *aceite de granos de uva*, que es comestible, sirve para alumbrado y se saponifica con facilidad. En las mesas se suelen servir uvas muy grandes secas que se llaman *uvas de caja*, de *Calabria*, de *Damasco*, de *Esmirna*, que no son mas que variedades; la *uva de Corinto* entra en algunos artículos de pastelería.

CARTA DE UN SOLDADO Á SU NOVIA.

Desde que plaza senté
No dejo de amarte, Blasa,
Pues te tengo mas presente
Que la mismita ordenanza.
Ya me encuentre de cuartel
Ya de reten ó de guardia,
Pensando en tí, de los ojos
Caen lagrimones cual balas.
Tu pelo aquí en mi mochila
Muy guardadito se halla,
Sobre el pecho, tu retrato,
Y tu recuerdo en el alma.
Mucho deseo cumplir
Por cumplirte la palabra
De estar en tu compañía,
Donde no hay cabos de vara.
Si me rebajan el año
Por haber estado en Africa,
Romperé muy pronto filas
Alojándome en tu casa.
El fondo de mi masita,
Si el sargento no me engaña,
Debe ascender, por lo menos,
A cien reales de plata.
Ya ves tú si hay municiones
Para empezar la batalla
Y si seremos felices
En la conyugal campaña,
Entre tanto, dueño amado,

Dulce objeto de mis ansias,
Queda con Dios y no dudes
De tu novio Juan Carpana.

PEDRO F. REYMUNDO.

EL PETALO DE UNA FLOR.

En el puro azul del cielo, brillaba radiante
el sol de mis primeros días.

Era la primavera.

Por la mañana cantaban de gozo las aves,
y lloraban de placer las flores; y por la noche
las flores y las aves, me decían *adios*, con su
canto y con su aroma.

¡Dulces recuerdos, gratas emociones de mi
niñez que dormís en el inmenso sepulcro del
pasado!

¡Quién pudiera penetrar en vuestra tumba
y vivir en ella hasta la muerte!

¡Venturosos días, que hicisteis nacer en mi
alma los puros sentimientos del amor, la gloria,
el bien, la amistad, la esperanza! ¡Bellísimos
pétalos que formáis la flor de mis ilusiones!
¡Hermosa flor que hace amar al mundo!
y ¡ay! esa flor se marchita con el tiempo; sus
hojas caen tristemente al soplo de las tempestades
de la vida; su perfume lo arrebató el huracán
de las pasiones, y á veces llega hasta secar su tallo.
Entonces ya no es alegre el canto de las aves,
ni son de placer las lágrimas de las flores, y ni flores
ni aves nos dicen ya *adios*, al espirar el día. Solos;
sin amor; sin gloria; sin amistad; ni aun nuestro propio
corazón nos habla. El mundo se presenta á nuestros
ojos como una tumba vacía. Pero queda todavía en la
flor de nuestra alma, un pétalo que dura hasta la muerte.

Ese pétalo es la *Esperanza*.

¡Ay el día que lo arrebató el viento!

LEDAJCIOVAR.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.